

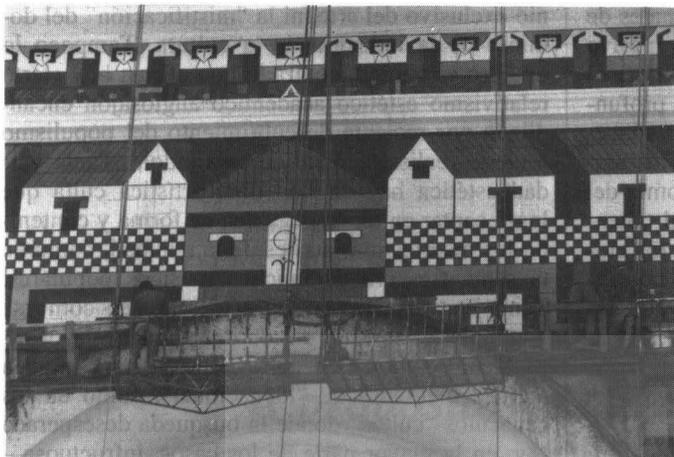
Arte y verdad: la dimensión estética en la realidad salvadoreña

La reflexión sobre problemas de estética atrajo en repetidas ocasiones la atención de Ignacio Ellacuría, aunque los escritos dedicados a este tema son más bien marginales dentro del extenso *corpus* de su obra. Pese a ello, encontramos allí algunas ideas capaces de presentarnos un reto para pensar una dimensión hasta ahora poco explorada de nuestra realidad nacional.

En el prólogo a *Oráculos para mi raza* de Rafael Rodríguez Díaz, Ellacuría formulaba el siguiente reclamo: "Estamos tan atrapados por la materialidad de la existencia cotidiana y por la unilateralidad de la dimensión político-militar, por la urgencia de la acción efectiva, que se va reduciendo nuestro ser y se va deshumanizando la condición nacional como forma particularizada de la condición humana". A ocho años después de su muerte y a seis años de la firma de los acuerdos de paz, la dimensión militar ha perdido lógicamente el protagonismo que tuvo en la década anterior, pero permanece un sesgo unilateral de lo que cabría denominar la dimensión "político-económica". Sin pretender descalificar la urgente necesidad de dar cuenta de estos aspectos determinantes de lo real, no está de más llamar la atención sobre el relativo abandono hacia la dimensión estética y cultural de nuestra realidad. Y a la hora de emitir esta protesta no es aceptable como contraargumento aducir la relativa marginalidad que el cultivo de la literatura y las bellas artes que aquí se registra, porque, si bien la dimensión estética incluye estas actividades, no se reduce a ellas. Por ser una faceta primordial de la realidad humana, existe un

espectro de productividad estética mucho más amplio del terreno tradicionalmente adjudicado al arte.

Ellacuría no formula esta idea en sus escritos, pero yace implícita en algunos de sus trabajos donde aborda el cine, y no sólo obras cinematográficas aceptadas dentro del "cine de arte" como es el caso de *Viridiana* de Luis Buñuel, sino producciones dirigidas al gran público, como es el caso de *Marcelino, pan y vino* de Ladislao Vajda. Una teoría estética que nos permita reconectarnos con lo real debe permitir el estudio de la producción social de efectos estéticos en toda su variada gama, la cual abarca desde las manifestaciones tradicionalmente prestigiosas de las Bellas Artes, hasta las que lo son menos como la música popular y el folklore, pero sin olvidar expresiones tradicionalmente demonizadas por los estudiosos de la cultura como la televisión y la publicidad. Aquí puede resultar provechosa la propuesta del filósofo hispano-mexicano, Adolfo Sánchez Vázquez, de abarcar dentro del estudio de los fenómenos estéticos al arte (tanto en su dimensión culta como popular folklórica, terreno históricamente privilegiado de ejercicio de esta facultad), a la relación "estética" del ser humano con la naturaleza, lo estético técnico (presente en la publicidad, los medios de comunicación masiva y el diseño industrial) y la vida cotidiana (especialmente la vida cotidiana de la modernidad tardía, donde lo estético es ubicuo). (Ver Sánchez Vázquez, Adolfo, "Prolegómenos a una teoría de la educación estética", en *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas*, FCE, México, 1996).



Los seres humanos habitamos el mundo primero con el cuerpo y los sentidos, y sólo después con la razón. Por ello, dar cuenta de la productividad estética, que comprende los ámbitos de la cultura que operan de los sentidos y las emociones, no es una tarea superflua o de interés marginal. Aquí, tomando prestadas algunas ideas del libro *A course on aesthetics* del filósofo italiano Renato Barilli, podemos intentar definir como ámbito estético a todos aquellos fenómenos socialmente producidos donde se induce un estado de alta excitación emocional en el cual el sujeto puede ver distintos aspectos del mundo con la mayor intensidad, sin consideración a aspectos prácticos o de supervivencia. No debemos olvidar que una amplia gama de comportamientos sociales se dirimen en este terreno y nuestro país no es una excepción. Para mencionar un ejemplo, está el problema de las identidades y las identificaciones que tiene una gran trascendencia en el ámbito de la política. Puesto que nuestra experiencia de lo social es parcial y fragmentaria, sólo podemos experimentar la totalidad de nuestro ser y de nuestro mundo estéticamente, a través de constructos que impresionen nuestros sentidos y nos devuelvan la plenitud que la cotidianidad nos impide abarcar. Así, estéticamente nos sentimos partes de una entidad que llamamos nación salvadoreña y, dentro de ésta, suscribimos y adscribimos simpatías y lealtades. Fenómenos como el impacto nacional de los campeonatos de fútbol, las teletones y las maras pueden abordarse fructíferamente teniendo en cuenta sus aspectos estéticos.

Así pues, el reto de una reflexión crítica sobre

la dimensión estética de nuestro país demanda ampliar nuestra concepción de actividad estética para dar cuenta de su diversidad y variedad. Todo este espectro de manifestaciones, desde las más nobles y ennoblecidas hasta las más “vulgares”, son un registro de las distintas maneras de habitar nuestro mundo, pero pueden ser —y quizá aquí radique lo más importante— posibilidades de habitarlo de distinta manera. En otras palabras, los fenómenos estéticos pueden desempeñar dentro de la sociedad o bien una función de reproducción y conformación al *status quo* o una función de distanciamiento, resistencia y crítica, donde se abre la dimensión utópica.

pica.

Es aquí donde puede resultar productivo complementar las ideas prestadas de Sánchez Vásquez y Barilli con una idea original de Ignacio Ellacuría: su noción de “razón poética”. A contracorriente respecto de la tradición de pensamiento estético de cuño romántico que concibe a la actividad estética o poética como el inverso —o cuando menos el otro— de la razón, Ellacuría sostiene luego de ampliar el concepto mismo de razón que hay una “verdad poética” que busca “[t]ocar fondo ...” pero no sólo de una forma porque “[a]l fondo se puede ir de muchas formas y una de ellas, no la menos eficaz, es la razón poética”. Esta razón poética “no es sólo un ejercicio de razón teórica —interpretativa y contemplativa— sino también un ejercicio de razón práctica orientada a la transformación que es el ideal de todo uso de razón” [ver el mencionado prólogo].

Consecuente con lo anterior, en un proyecto de estudio sobre la dimensión estética de nuestra realidad no basta sólo con ampliar nuestra concepción de lo estético para incluir otras formas de productividad cultural tradicionalmente excluidas, sino también es necesario incorporar la compleja y espinosa cuestión de la “verdad estética” la cual nos remite, de una u otra forma, al no menos complejo y espinoso problema del “valor estético”.

La teoría cultural de inspiración posmoderna (pensemos en los *Cultural Studies* del mundo anglosajón o en un libro como *Las culturas híbridas* de Néstor García Canclini en el mundo hispanoparlante) ha insistido mucho en la crecien-

te interpenetración de los ámbitos tradicionales de lo culto (alta cultura o cultura estética), lo masivo (industria de la cultura) y lo popular (folklórico) instituidos por la modernidad. Sin entrar a profundizar en la verdad de esta afirmación, cabe conceder que la jerarquización tradicional de estos ámbitos responde más a la lógica de la economía del prestigio social que al valor intrínseco y al potencial emancipador de las prácticas y productos culturales en cuestión. Pero esta constatación no descalifica necesariamente el problema del "valor estético", tal como se ha puesto de moda afirmar hoy día.

Para que un pluralismo estético que —dada la complejidad del sistema cultural de la modernidad tardía— resulta razonable defender no nos lleve por la peligrosa senda del relativismo, del "todo vale" y "todo es lo mismo" —adonde muchas teorías culturales posmodernas irremisiblemente nos arrastran—, es imperativo reintroducir la cuestión del "valor estético" relacionándolo con el de "verdad estética". Pero este esfuerzo, para ser consecuente con el pluralismo, debe restar énfasis a la jerarquía tradicionalmente existente entre lo culto, masivo y lo popular-folklórico. Así, en los tres ámbitos habría un potencial emancipador que correspondería a la razón poética de la que habla Ellacuría, es decir, captación estética del "fondo" de la realidad y posibilidad de reconvertir esta iluminación estética en acción transformadora de sentido positivo. Paralelamente, habría también un potencial estético enajenante que inhibe las posibilidades de realidad buscando escapes por la vía narcisista, sea esta de índole solipsista o gregaria.

Así cabría afirmar, contra Adorno y la Escuela de Frankfurt, que ni la "verdad estética" es domi-

nio exclusivo del arte, ni la "mistificación" del dominio de la industria de la cultura. Tampoco lo opuesto es verdad, contra lo que afirma hoy cierto relativismo estético académico anglosajón encandilado por reciente descubrimiento del populismo y cierto realismo social de baja índole. Tanta verdad estética hay en una obra artística culta que logra captar en unión orgánica de forma y contenido los resortes más sutiles de la realidad, como en la sabia frescura de muchos músicos populares. Tanta enajenación hay en el descaro en cómo se manipula la legítima pasión del público por el espectáculo futbolístico para perpetuar una imagen acrítica e infantil de "lo nacional", como en los cenáculos "cultos" donde la búsqueda desesperada —y, en la mayor parte de los casos, infructuosa— de la distinción social se antepone a la legítima búsqueda de nuevos medios formales para expresar la experiencia lo siempre inédito de lo real.

La razón poética trae consigo la cuestión de la "verdad estética" —una verdad que obedece a una lógica propia de la práctica estética, y que no requiere ser traída de contrabando desde los territorios de la moral y la teoría—, pero también es una verdad que no se detiene en cuestiones puramente formales o de técnico-artísticas sino que trasciende al "fondo" de lo real, permitiéndonos aprehender en nuevas configuraciones sensibles su inagotable novedad. Una actividad reflexiva, es decir crítica, sobre las distintas modalidades que la actividad estética asume en nuestro país no puede prescindir de esta herramienta. Sólo así podremos asumir el reto de lo real presente en los escritos estéticos de Ignacio Ellacuría.

Ricardo Roque Baldovinos